

Dr. W. Mann.

“Canciones de todos los Tiempos”



E los poemas incluidos en este cancionero bajo el título «Academia», escribí en otra ocasión que ellos «dan forma de perfección clásica a pensamientos profundos y sutiles».

Esta caracterización puede hacerse extensiva a toda la colección que Félix Armando Núñez nos ofrece ahora. Se mantienen sin excepción en una noble altura, pues sus estrofas son copas preciosas esculpidas «con músculo de orfebre, y llenas de una excelsa emocionalidad».

Y no es que el carácter altamente espiritual de estas poesías se hayan conseguido por exclusión, que quede desterrada de ellas la realidad carnal del hombre. Más bien, resuenan allí todas las cuerdas del alma humana desde una diáfana ternura adorante—en versos parecidos al «paso de un ángel que pisara sobre flores»—hasta «Las locuras de pasión», pero de una pasión que no decae nunca a vulgar sensualismo, sino que es goce de la armonía cósmica inmanente en todo cuanto viste el ropaje de la belleza.

La armonía cósmica: he ahí el flúido animador de todo un grupo de poemas que forman el pináculo de esta bella colección. En ellos las cosas que llenan el

recinto de la experiencia humana — «la sonata de la fuente», «la nieve estelar de la azucena», «la casta pureza del viento, de los pinos, del río y las colinas», el vuelo de las golondrinas—aparecen trasmutadas en símbolos de un mundo de existencia absoluta por los que el hombre logra «un lampo de la conciencia eterna». Allí se llega a dar expresión a lo que, por ser atemporal, es de validez imperecedera, es realmente «de todos los tiempos».

Ahora, lo que da aún más valor a esta ascensión hacia el Más Allá, es que el poeta, contrariando una nefasta moda del filosofar contemporáneo, no ha creído necesario negar el valor a todo lo terreno y declarar intrínsecamente decaída la existencia humana. En oposición a tal pesimismo existencial, los versos de Félix Armando Núñez enaltecen la realidad empírica descubriendo vestigios de lo divino hasta en la naturaleza sensorial del hombre. Bien es verdad que también ha hallado voz en estas poesías la «pena infinita que llevamos sin razón por el mundo», pero se reconoce a la alegría como «memoria fulgurante de nuestro yo mejor, del yo cambiante que sube del pantano a las estrellas».

Y para colmar la riqueza de contenido del libro, se reúnen, en la parte final, algunas bien logradas traducciones.

En todo, una sinfonía de acordes deliciosamente armoniosos y cargados de profunda significación.

Santiago, 25 de junio de 1943.